

Prólogo

A comienzos de febrero de 1893, un joven que aún no ha cumplido la veintena, estudiante de Derecho y periodista en ciernes, sube a la tarima del Ateneo Literario valenciano para pronunciar una conferencia que ciento veinticinco años después seguimos leyendo, no por su contenido ni por su estilo (ambos muy de su tiempo), sino por pertenecer a la obra del conferenciante, José Martínez Ruiz, el futuro Azorín, quien días después publica el texto, a expensas de su familia, en un folleto que firma con uno de sus primeros seudónimos: *Cándido*.

Hoy podemos leer el contenido de ese folleto, “La crítica literaria en España”, por estar reproducido tanto en sus *Obras completas* (1947) como en sus *Obras escogidas* (1998). Su importancia radica en señalar el inicio de un itinerario que hoy conocemos y contemplamos en su totalidad, a lo largo del cual van a ir viendo la luz, en periódicos y posteriormente en libros, centenares de ensayos, artículos, crónicas y relatos cuyos asuntos proceden de su interés por nuestra historia literaria. José Martínez Ruiz, *Cándido*, no pretendía demostrar su precoz erudición, sus conocimientos en la materia, sino contribuir a la necesaria reforma de nuestra historiografía literaria; una propuesta de renovación en profundidad lanzada por alguien en quien apuntaba su firme vocación de *crítico*, figura que consideraba necesaria en nuestro ambiente intelectual y que él tomaba de la cultura francesa.

Unos veinte años después, con motivo de la muerte de D. Marcelino Menéndez Pelayo, consideraba que en nuestro país “la historia literaria está todavía por construir; ha habido entre nosotros grandes eruditos, grandes acopiadores, grandes rebuscadores; ha faltado el crítico”. Esto lo escribe en 1912 para *ABC* y lo reproduce en *Clásicos y modernos* (1913), libro que forma parte de esa tetralogía crítica (junto con *Lecturas españolas*, *Los valores literarios* y *Al margen de los clásicos*), que constituye la gran aportación de Azorín al estudio, a la divulgación y a la creación de un ambiente de interés por nuestros clásicos como nunca se ha hecho en nuestra historia.

Pocos escritores contemporáneos han sido tan innovadores como J. Martínez Ruiz, *Azorín*, y pocos han sabido suscitar un estado de conciencia sobre el sentido de nuestra literatura en el contexto de la cultura europea. Él resaltó el carácter renovador de ese grupo de escritores, sus coetáneos, a los que reunió bajo el debatido —justamente debatido— marbete de “generación del 98”. Si el criterio generacional es cuestionable, no lo es tanto su sentido: la obra de esos escritores constituye un *renacimiento*, que no es otra cosa sino “la fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero”. No hay un aislamiento cultural: las literaturas se fecundan mutuamente, con mayor influencia de alguna de ellas sobre las demás, según la época. Así lo expresa en el párrafo con el que cierra su último libro, *Ejercicios de castellano*, en 1960: “¿cómo no ver que para la evaluación de una literatura necesitamos el conocimiento de otra? Las palmeras se fecundan a distancia; las literaturas se fecundan también —sin perder su raigambre, su originalidad— desde lejos” (1893-1960): toda una vida manteniendo el interés crítico y el fervor vital por ese amplio caudal de lenguaje impreso que a lo largo de los siglos viene hablando sobre nosotros.

Azorín renovó profundamente la novela (ha sido “el primer y principal novelista español de vanguardia”, a juicio de Pere Gimferrer); intentó hacerlo en el teatro, y lo logró plenamente en el ensayo bajo diversas modalidades que van desde el artículo al relato ensayístico o “ensayo novelesco” (como calificó su *Licenciado Vidriera* de 1915), pasando por variados tipos de crónica o de reflexiones personales en el mejor ejercicio de ese género central en la modernidad (el ensayo

es también elemento fundamental en su novelística). Entendió, como hombre que *vive en* la literatura, que los clásicos son nuestros coetáneos: ni pertenecen al pasado ni son portadores de valores atemporales. Como buen representante de la modernidad, advierte que la literatura es un sistema sincrónico de textos que forman parte de nuestro presente, actualizados en el acto creador de la lectura, y que, por tanto, es en el lector, en cada lector, donde reside la responsabilidad de su curso vital, de su vigencia.

Conocer y entender a nuestros clásicos desde criterios actuales, y desde una disposición crítica personal —no gregaria; Azorín no predica—, es también indagar en el sentido profundo de la nación como ámbito de solidaridad cultural y de sensibilidad que ellos han contribuido a formar. En la línea de los krausistas, y señaladamente de Giner de los Ríos, la literatura de una nación constituye su “historia interna”, todavía llena de posibilidades, frente a una historia externa —la política, los sucesos— que con frecuencia oculta a aquella y hasta la traiciona. En esa historia interna de la nación figuran el Arcipreste de Hita, Rojas, Manrique, Garcilaso, Fray Luis, Santa Teresa, Cervantes, Lope, Quevedo, Calderón, Gracián, Saavedra Fajardo... y así hasta Galdós y Baroja; todos ellos y tantos otros que, leídos libremente, sin prejuicios ideológicos y estéticos, alumbran un modo de ser que no es nunca eso que llaman “el hecho diferencial”, sino un modo cultural entretelado con el contexto europeo y, de ahí, con lo universal: “Sobre un fondo común humano, poner nuestro sello: ese es el ideal”, escribe en su original ensayo de estética *Un pueblecito. Riofrío de Ávila* (1916).

El conjunto de estudios reunidos en este libro apunta, pues, a un objetivo de gran alcance: reflexionar sobre el empeño de Azorín en esa tarea casi cotidiana, a lo largo de años, por construir una nación moderna, cohesionada, tolerante, culta y solidaria, cuyas referencias compartidas entre sus ciudadanos las encontramos en los clásicos (y en los modernos: Cervantes, nuestro primer clásico, ¿no es también el primero de nuestros modernos?); pero asimismo en nuestro arte y en el paisaje de cada región o nación (“Las naciones de España” se llama uno de los capítulos de su *Licenciado Vidriera*). En ello consiste el estímulo inicial para la confección de ese libro de 1912, *Lecturas españolas*: “en una curiosidad por lo que constituye el ambiente español

—paisajes, letras, arte, hombres, ciudades, interiores— y en una preocupación por un porvenir de bienestar y de justicia para España”, país cuyo principal defecto, como resume en la conclusión del libro, radica en “la falta de curiosidad intelectual”.

No es este solo un libro destinado a los investigadores sobre Azorín, ni incluso a los estudiosos de nuestra literatura contemporánea. Late en él un interés por reconsiderar y ponderar la gestión que hacemos de nuestro legado cultural más valioso: una de las primeras literaturas universales; ese caudal de textos entre los que se insertan los del escritor que da sentido a estas páginas.

Miguel Ángel Lozano Marco